

## PRÓLOGO

¿Cómo debería ser una persona?

Durante muchos años me planteé esta pregunta con todas y cada una de las personas que conocía. Siempre estaba pendiente de sus reacciones ante cualquier situación para poder hacer lo mismo. Siempre prestaba atención a sus respuestas con la idea de hacerlas más si me gustaban. Me fijaba en la manera de vestir de la gente y en cómo trataban a sus parejas; en todo el mundo había algo que envidiar. Uno puede admirar a cualquiera por el mero hecho de ser quien es. Y cómo no hacerlo: a todo el mundo se le da tan bien... Pero al considerarlos a todos en conjunto, ¿es posible elegir? ¿Con qué criterio afirmar *prefiero la responsabilidad de Misha antes que la irresponsabilidad de Margaux?* La responsabilidad le sienta tan bien a Misha como la irresponsabilidad a Margaux. ¿Cómo distinguir cuál iría mejor conmigo?

Yo admiraba a las grandes figuras de todos los tiempos; Andy Warhol y Oscar Wilde, por ejemplo. Transmitían autenticidad por los cuatro costados. Mi reflexión no era *Qué inmensas almas*, sino *Qué inmensas personalidades para nuestra época*. Charles Darwin, Albert Einstein... Todos ellos *hicieron* cosas, a la vez que *encarnaban* cosas.

Sé que la personalidad no es más que un invento de los medios de comunicación. Sé que el carácter

sólo existe de puertas afuera. Sé que dentro del cuerpo lo único que hay es calor. ¿Cómo se construye el alma, entonces? Llegados a cierto punto, lo sé, te tienes que olvidar del alma y limitarte a cumplir con la labor que se te exige. Darle más y más vueltas al alma implica perderse el sentido de la vida. Esto último lo aseguraría con más convicción si supiera cuál es el sentido de la vida. Preocuparse demasiado por Oscar Wilde y por Andy Warhol no es más que pura vanidad.

¿Cómo debería ser una persona? Me lo planteo a veces, y no puedo evitar que mi respuesta sea: famosa. Aunque, por mucho que adore a los famosos, yo jamás me mudaría a un lugar en el que los famosos existieran de verdad. Mi ilusión es llevar una vida sencilla, en un lugar sencillo, donde sólo exista un modelo a seguir de cada cosa.

Con *vida sencilla* me refiero a una vida de notoriedad imperecedera en la que no me vea obligada a participar. No quiero que cambie nada, salvo el hecho de ser lo más famosa posible sin que ello suponga ninguna alteración. Todo el mundo sabría en lo más íntimo de su ser que *yo* soy la persona viva más famosa, pero no se hablaría mucho de ello. Y nadie tendría demasiado interés en sacarme fotos porque todo el mundo tendría en la cabeza mi imagen, inmutable, asombrosa y magnética. Nadie tiene por qué saber lo que pienso, puesto que en realidad no pienso nada en absoluto; y nadie tiene por qué conocer mi vida al detalle, puesto que no existen grandes detalles por conocer. Lo que yo persigo es una fama de calidad, sin aspectos negativos.

Dentro de una hora, Margaux pasará por aquí y charlaremos como es costumbre. Antes de cumplir los veinticinco no tenía amigos, pero los que tengo ahora no dejan de fascinarme. Margaux y yo nos complementamos de una forma muy interesante. Ella me retrata, y yo grabo lo que va diciendo. Hacemos todo lo que está en nuestra mano para que la otra se sienta famosa.

En este sentido, debería estar satisfecha con ser famosa para tres o cuatro amigos. No obstante, tal cosa es un espejismo. Ellos me aprecian por como soy, mientras que yo prefiero que me aprecien por como *aparento* ser; y a través de quien aparento ser, quiero llegar a ser quien soy.

Somos todos motas de suciedad, todos en este mundo al mismo tiempo. Pienso en todas las personas que hoy están vivas y me digo: *Son mis coetáneos. ¡Son mis putos coetáneos!* Vivimos en una época de grandes artistas de la mamada. Cada era tiene su expresión artística. El siglo diecinueve, por ejemplo, fue fenomenal para la novela.

Yo pongo todo mi empeño en no sufrir muchas arcadas. Soy consciente de que a los hombres les pone cachondísimos alcanzar la delicada piel del fondo de la garganta. En esos momentos me concentro en respirar por la nariz y no vomitarles en la polla. El otro día devolví un poquito, pero seguí chupando. El vómito no tardó en desaparecer, y entonces mi novio me hizo parar para darme un beso.

Aunque, si exceptuamos las mamadas, ya he superado el rollo de ser la novia perfecta; superado del todo. Y si se molesta conmigo, que me dé la patada. Así tendré más tiempo libre para convertirme en un genio.

Una de las ventajas de ser mujer es que aún no hay muchos ejemplos de genio. Puede que yo sea uno de ellos. No existe un modelo de la composición ideal de mi mente. En el caso de los hombres, en cambio, está bastante claro; por ese motivo procuran ensalzarse a sí mismos continuamente. Me da la risa cuando no dicen lo que en realidad piensan para que la academia los analice hasta el fin de los días. Estoy pensando en ti, Mark Z., y en ti, Christian B. Vosotros seguid difundiendo vuestras sandeces de genios fanfarrones, que yo estaré haciendo mamadas en el cielo.

Mis antepasados agarraron sus cosas —o sea, nada— y abandonaron su vida como esclavos en Egipto para seguir a Moisés a través del desierto en busca de la Tierra Prometida. Vagaron por aquellos páramos durante cuarenta años, descansando por las noches donde pillaban, a los pies de las dunas que levantaba el viento. Al despertar al día siguiente sacaban harina de los costales, la humedecían con saliva y amasaban una pasta ligera; entonces se ponían de nuevo en camino, encorvados y con la masa extendida sobre la espalda, que se iba mezclando con la sal del sudor y se endurecía al sol. Y eso era lo que almorzaban. Había quien aplanaba la masa y de ese modo obtenía un pan ácimo; otros, en cambio, hacían cilindros y unían los extremos. Estos últimos comían *bagels*.

Llevo un montón de años escribiendo *alma* de esta forma: *arma*.<sup>1</sup> Es la única falta de ortografía que co-

<sup>1</sup> El error de la narradora consiste en añadir a la palabra *soul*